

directamente á la isla de Vega é internarnos después hasta Snow-Hill, podríamos estar completamente seguros de que el «Antártico» ú otro buque de socorro, nos encontraría allí durante el curso del verano.

Las condiciones del hielo del golfo eran, á principios de octubre, mucho más favorables que á mediados de enero del verano anterior, y en el estrecho del «Antártico», que todo el verano anterior había estado obstruido por el hielo, había ahora, según lo que habíamos podido observar durante las últimas semanas, agua enteramente libre hasta cerca de la isla de Rosamel.

Toda la mañana había reinado un viento bastante fresco del norte, acompañado de nieve y agua. Al mediodía, mientras hacíamos algunas ligeras excavaciones en busca de los objetos perdidos, sobrevino una copiosa nevada seguida de lluvia que nos caló por completo, entrándonos el agua hasta los zapatos que chapoteaban al andar. Para conservar el calor nos apresuramos á enganchar el trineo y emprendimos rápidamente la marcha á través del estrecho en dirección hacia la isla de Vega. Caminamos á buen paso por espacio de tres horas. Había cesado de nevar y el tiempo era bastante soportable, cuando ocurrió una de esas repentinas variaciones de temperatura que hacen el clima antártico tan traidor y peligroso. El viento del norte, que cesó por algunos minutos, había despejado la atmósfera. Entonces se levantó un viento sur algo más fuerte y de repente bajó la temperatura muchos grados bajo cero.

Nuestras ropas mojadas pusiéronse tiesas como una coraza y crujían á cada movimiento; el calzado estaba duro como la piedra.

Mientras estábamos discutiendo la conveniencia de

acampar cuanto antes, vimos un grupo de focas delante de nosotros sobre el hielo. Pensamos inmediatamente que no vendría mal un buen asado de carne fresca y elegimos la más pequeña que había para sacrificarla. Tenía unos siete metros de longitud y estaba tan gruesa que parecía una pelota, con la parte superior gris y manchas claras en el vientre.

Mientras descuartizamos el animal y armamos la tienda, había recrudecido el viento, que era sumamente frío. Una vez que estuvimos resguardados bajo la lona, Grunden, que hacía tiempo se quejaba, se sentó sobre su saco de dormir y comenzó á desatarse precipitadamente los cordones del zapato izquierdo. Por más que quería ocultar su sufrimiento comprendimos que algo grave le pasaba cuando dijo con voz insegura:

—Se me han helado los dedos de este pie.

Quitóse las dos medias que llevaba, y ayudado por Duse que me alcanzó una taza con un poco de nieve, comencé á frotar los dedos helados y encogidos. No sentía Grunden nada en ellos, ni podía decir cuál era el dedo que le frotaba.

Al principio no se observaba cambio alguno; mas yo pensé que aquel remedio cuando menos no podía empeorarlo y le di ánimos para que no se impacientara. Por fin, después de un rato logramos poco á poco volver la circulación de la sangre á las partes heladas, que fueron tomando su color natural. Entonces pudimos respirar libremente, pues en verdad habíamos pasado un rato angustioso.

Durante esta operación, aunque Grunden aparentaba tranquilidad, aguardando con paciencia el resultado, comprendí que no las tenía todas consigo, y así que



pudo ponerse en pie nos estrechó la mano diciendo que jamás volvería á «consentir» que se le helasen los dedos.

Duse se ocupó inmediatamente de los preparativos para poner en marcha la cocina, y mientras Grunden se cambiaba de medias y se envolvía los pies en la manta de guanaco para conservar el calor, el asado de foca en su punto dejaba esparcir un delicado aroma. Aquella comida fué una de las más apetitosas y alegres que celebramos en las regiones del eterno hielo. Así terminó aquel día que con tan desgraciados auspicios había comenzado.

Mientras estábamos en la choza de invierno reflexionando sobre nuestra situación, nos sentimos animados con la esperanza de encontrar nuestro pequeño depósito de provisiones que habíamos almacenado á principios de año en la isla de Vega. Con todo el cuidado posible habíamos escogido el lugar: una pequeña loma aislada y libre de hielo. Las latas de conservas y otras provisiones estaban perfectamente resguardadas con piedras y el saco de pan sólidamente atado con tres cuerdas y envuelto en tela impermeable coronaba la cima del cerro como señal del depósito. En aquel sitio relativamente elevado no era fácil que la nieve hubiera cubierto nuestro stock. Empero, cuando visitamos después la bahía de las montañas de hielo y vimos cómo la nieve se había acumulado en formidables masas que ocultaban por completo hasta los más gruesos bloques de hielo, igualando la superficie de hondas simas, nos preguntamos con zozobra si también nuestro depósito se encontraría completamente oculto debajo de la nieve. Nuestros presagios se cumplieron, y cuando el día 9 de octubre por la mañana llegamos á la isla de Vega, nos quedamos asombrados al ver cómo

había cambiado el aspecto del paisaje la formidable capa de nieve caída durante aquel largo período.

La topografía del país había variado por completo, costándonos mucho trabajo reconocer los lugares que habíamos visitado anteriormente. Creímos en el primer momento que nos sería imposible distinguir el lugar donde instaláramos el stock.

Dejamos el trineo sobre el hielo de mar, y mientras Duse y Grunden se encaminaban hacia la orilla para matar una foca, me encaminé yo en dirección opuesta, para seguir mis investigaciones.

Avancé buen trozo, fijándome mucho en la lisa y blanca capa de nieve, donde no había ninguna señal que me sirviese de guía. Ya comenzaba á desanimarme, cuando, de repente, ofreciéronse á mi vista unas oscuras manchas sobre la blanca superficie, que determinaban la situación del depósito. Todo estaba en buen estado; debajo de las piedras encontré las latas de conserva, la de la mantequilla, la botella de alcohol y la damajuana de petróleo. El contenido de los envases estaba helado, pero no se había roto nada, ni el saco del pan había sufrido graves averías. Lo desaté en seguida y mis manos grasientas dejaron sus huellas en los trozos de pan que saqué con objeto de examinarlos. Únicamente algunos pedazos que ocupaban la parte superior, se habían mojado un poco á causa de la humedad; todo lo demás se hallaba en el más perfecto estado. Di vuelta á mis guantes (porque su interior era muy sucio) y dejé aparte un pan de bizcochada para que mis compañeros lo probasen. Dejé todo como estaba y volví sobre mis pasos, siguiendo el rastro de los patines á donde estaba el trineo.

Cuando Duse y Grunden regresaron trayendo un rico



botín de carne de foca, estaba ya esperándoles hacia rato, entretenido en desplegar la tienda. Sus rostros denotaban la más viva curiosidad por conocer el resultado de mis pesquisas. Yo, entretanto, saboreaba el efecto de la noticia que iba á comunicarles, pues tal vez de aquel feliz hallazgo dependería nuestra salvación. Nos quedaban entonces precisamente tan pocas provisiones, que sólo podíamos contar con ellas durante algunas jornadas, economizándolas mucho.

Mirábanme, pues, silenciosos mis compañeros, que en vista de mi silencio, querían evitar una pregunta, de cuya respuesta negativa creían estar seguros.

Entonces no pude callar ya y, adelantándome solemnemente, saqué de un envoltorio, con mis limpios guantes, el rico pan de bizcochada, que partí en dos trozos, ofreciéndoles uno á cada uno.

Había conseguido el efecto que me proponía: sus rostros melancólicos y negros cambiaron repentinamente de expresión, y rompieron á reír de júbilo.

Excusó decir que lo celebramos dignamente con una succulenta comida.

Acampamos al abrigo de un declive de hielo terrestre. El día siguiente teníamos niebla y nieve, de modo que no pudimos hacer nada de provecho.

Entonces empezamos á tocar las consecuencias de aquel frío intolerable: Grunden volvió á sufrir de los pies, que se le llenaron de ampollas, y á Duse le molestaban mucho los sabañones. Curábamos á Grunden, valiéndonos de los escasos medios de que disponíamos; vaciámosle las ampollas con la aguja de coser velas y aprovechamos algunos trozos de gasa fenicada que teníamos para cubrir las heridas, teniéndonos que valer de toda



Los perros huyeron á buen paso al ver á los desconocidos.



clase de retales para hacer los vendajes. A pesar de estas dolencias causadas por el frío, estaban animados mis compañeros de los mejores deseos y lamentábanse los días que se veían privados de hacer reconocimientos cartográficos y geológicos, indispensables para formarnos una idea general de las condiciones naturales del territorio que cruzábamos.

El día 11 despejóse en parte la niebla, brillando un sol magnífico. Grunden se quedó en el campamento para descansar y sacamos al sol nuestras enmohecidas camas para que se oreasen. Duse, con patines de nieve, se adelantó por el declive de hielo terrestre hacia adentro de la isla, para completar su esbozo de mapa y determinar definitivamente si nos encontrábamos en una isla.

Yo me encaminé hacia el Cabo de Gordon con intención de recoger algunas muestras de rocas de las más altas elevaciones sin hielo, que abundaban en aquel territorio, y formarme una idea aproximada de las condiciones del hielo en la parte exterior del estrecho de Sidney Herbert. Logré lo primero y tuve que esperar para lo segundo á que se disipase la niebla que se extendía al sur del cabo de Gordon, donde vi algunas focas sobre el hielo firme.

A medida que fué desapareciendo la niebla durante el curso del día, pude contemplar distintamente la isla de Vega y el estrecho de Sidney Herbert, que presentaban al surgir de la bruma un magnífico y singular aspecto. A mi alrededor levantábanse innumerables elevaciones de variadas y fantásticas formas, cuya oscura capa de toba formaba extraño contraste con la blanca superficie del hielo.

Cuando el sol comenzaba á declinar, empecé el

regreso por el hielo terrestre. Bajé la más larga y magnífica pendiente para patines de nieve que jamás había recorrido desde una elevación de 300 metros que formaba un declive suave é igual y ofrecía el más cómodo camino. Corría con vertiginosa velocidad y tuve que frenar con los palos y hacer grandes desviaciones á derecha y á izquierda para moderar algo la velocidad.

Duse había llegado al campamento poco antes que yo. Merced á sus reconocimientos, estaba ahora completamente probado que la parte del estrecho de Sidney Herbert, que separa la isla de Ross de la de Vega, se halla unida con el estrecho del Príncipe heredero Gustavo, y, cuando durante el día hubo llegado al convencimiento de que la vertiente del hielo terrestre de la isla de Vega hacia el sur, hasta el estrecho de Sidney Herbert, era muy peligrosa y casi imposible de bajar, resolvimos volver otra vez sobre el hielo de mar y salvar la citada isla por la parte interior.

La mañana siguiente amaneció apacible y despejada. Marchamos deprisa y cómodamente por el declive del hielo terrestre y nos dirigimos, después de dar vuelta á la isla del Diablo, hacia una elevación rocosa situada al oeste en la isla de Vega, que llamamos el verano último Cabo de Dreyfus, pero que después, en memoria á un maravilloso acontecimiento, tuvimos motivo para volverle á bautizar, dándole el nombre de «Cabo del Feliz Encuentro».

Hicimos un alto á la una para hacer nuestra comida. Aquí y allá, sobre el hielo, encontramos reducidos grupos de focas, divisándose algo más lejos uno que nos llamó poderosamente la atención.

Eran ciertamente unas focas extrañas, pues en vez



de estar tendidas, aparecían derechas. Cuanto más nos fijábamos, más crecía nuestra confusión, sobre todo al notar que aquellos bultos se movían sin género de duda. Un anhelo febril se apoderó de nosotros. Sacamos en seguida el antejo.—¡Son hombres, hombres!—gritamos. Duse hace con su pistola algunos disparos y nos apresuramos ambos á ponernos los patines para correr á reunirnos con la pequeña caravana que allá á lo lejos, con rápida velocidad, se movía delante de nosotros.

¿Quiénes eran? Sería una partida de trineo de la estación invernal, ó sería tal vez gente del «Antártico»? Por fin nos han visto y vienen á nuestro encuentro. Eran dos hombres y llevaban un trineo conducido por perros; no cabía duda de que procedían de Snow-Hill. El hombre que corre delante de los perros es Nordenskjöld. Cuando hubimos llegado más cerca, se desbandan por completo los perros de Groenlandia al vernos.

Lo que sucedió al encontrarnos frente á frente no puedo describirlo con exactitud. Recuerdo tan sólo que Duse nos preguntó por el «Antártico» y yo, sin más ni más, olvidando mi aspecto salvaje, estreché la mano de Nordenskjöld, dándole los buenos días.

—Buenos días—contestó él cumplidamente sin darse aún cuenta precisa de quiénes éramos; pero tan pronto como Duse dió nuestros nombres, se hizo cargo de la situación. Esta es en pocas palabras la relación de nuestro encuentro con los compañeros de Snow-Hill, cuya violenta é indescriptible impresión quedó para siempre grabada en nuestra memoria.

Así tuvo lugar, por fin, la tan ansiada reunión, de la manera más imprevista del mundo. Nosotros, que habíamos dejado el «Antártico» para acudir en ayuda de

nuestros compañeros, éramos ahora los que necesitábamos socorro.

Únicamente podíamos brindar á Nordenskjöld y á los demás compañeros de Snow-Hill en recompensa del efusivo acogimiento que nos dispensaron, con dos buenas noticias: la primera, que antes de nuestra salida habíamos enviado á Suecia, desde Ushuaia, indicaciones para una expedición de socorro, y la segunda, que, según por lo que habíamos visto, el camino por mar ya estaba abierto en una gran extensión dentro del golfo.